

SUSCRICION.

Pesetas	
Madrid....	Mes... 1 50
	Año... 17 50
	Trim... 6 00
Provincias...	Sem... 12 50
	Año... 22 50
	Trim... 8 50
Portugal....	Año... 32 50
Extranjero....	Trim... 15 00
	Año... 55 00
	post... 55 00
VENTA.	
España....	30 números
	1 peseta.
Portugal....	25 números
	1 30 ptas.
Europa....	30 números
	2 pesetas.
Ultramar....	30 números
	4 pesetas.
	post... 4 pesetas.
Número del día, 5 cént.	

AÑO XII.—TERCERA ÉPOCA.

Viernes 23 de Abril de 1886.

MADRID.—NUM. 3.929.

CONSUMMATUM EST.

Condenado por el Sanhedrín, fué Jesús conducido al Pretorio.

Sucedía entonces en Jerusalem lo propio que sucedió, siglos después, con el Santo Oficio de España, donde los inquisidores, una vez dictado el fallo terrible, relajaban al reo al brazo secular para que éste se encargase de ejecutar la sentencia.

Era la mañana del viernes 14 de Nisan (3 de Abril) cuando el Divino Maestro, atado como un facineroso, entraba en el antiguo palacio de Herodes, residencia a la sazón del procurador romano.

Es indudable que Poncio Pilatos quiso salvarle reconociendo su inocencia; mas fué débil y no osó resistir las imposiciones de los fariseos, los cuales le acusaban ya de desafecto a Tiberio, vista su resistencia a condenar al llamado rey de los judíos.

Temió por su puesto é incurrió en la condescendencia que no le perdonará nunca la historia. Lavóse únicamente las manos, declarando que no tenía parte en la muerte de aquel Justo.

Y los judíos contestaron con una ferocidad que hablan de pagar a través de innumerables generaciones: «Que su sangre calga sobre nosotros y sobre nuestros hijos. Tenemos una Ley, y según esa ley debe de morir, pues se ha declarado hijo de Dios.»

Ley abominable, y adoptada, sin embargo, durante diez y ocho siglos por el cristianismo, cuyo fundador había sido víctima de ella!

El judaísmo dió el ejemplo, insinuando la teoría de lo absoluto en religión, predicando la intolerancia a sangre y fuego, y estableciendo el principio de que todo innovador, si quiera trajese la verdad, debía de ser recibido a pedradas, y condenado a muerte sin otra forma de juicio.

Por largo tiempo hubo quien siguió ese ejemplo entre los cristianos. Hoy, a Dios gracias, Jesús ha recobrado su dignidad y sus atributos. Hoy no tiene el carácter falso é indebido que le habían dado los fanáticos de la Edad Media y del Renacimiento, convirtiéndole en una especie de divinidad cósmica, á quien era gustoso el olor de la sangre verdadera y de la carne quemada.

Hé allí la Cruz que espera.

Ya han clavado á Jesús, los soldados romanos desempeñando oficio de sayones.

Devórale la sed que es una de las mayores torturas de aquella especie de suplicio. «Sed tengo», exclama.

Los soldados tenían á mano el breva llamado posca, de uso obligado por la disciplina en todas las expediciones, y empapanado en él una esponja la alzaron hasta los labios de la víctima.

Entre tanto, la muchedumbre le cubría de insultos y denuestos.

Y los que pasaban le decían: Tú, el que derribas el Templo y en tres días lo reedificas, sálvate á ti mismo; si eres Hijo de Dios, desciende de la Cruz.

También le escarnecían los príncipes de los sacerdotes, los escribas, los fariseos y los ancianos. A otros salvó, y á sí mismo no puede; si es el rey, descienda ahora de la Cruz y creáramos en él.

Confió en Dios; libréle ahora si le quiere.

De igual suerte le zaherían los ladrones, siquier San Lucas aclara este punto afirmando que Dios le reconoció como hijo de Dios y obtuvo en pago la remisión de sus culpas.

Los soldados jugaban al pié de la Cruz las vestiduras del reo.

Padre! exclamó Jesús, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

Según la costumbre romana se había puesto en lo alto del leño un letrero redactado en hebreo, griego y latín, que decía: «Jesús Nazareno, Rey de los Judíos», contra el cual, reputándole injurioso, protestaron los fariseos.

Para arrancarlo acudieron á Pilato, más el pretor se negó á la súplica y pronunció aquellas célebres palabras recogidas por la historia: *Quod scripsi, scripsi.*

Los discípulos, excepto Juan, ó habían huido, ó contemplaban desde lejos el horrible espectáculo; en cambio las piadosas mujeres de Betania acompañaban al Justo en su agonía y le proporcionaban el último consuelo.

Cerca de la hora de nona, Jesús habló, levantando al cielo los casi apagados ojos: «Eli,

Eli, ¿lama sabachtaní? Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

«A Elías llama», observaron entre risas los soldados que no entendían el siríaco-caldeo; veamos si le liberta Elías.

Y de nuevo le alargaron la esponja.

El horror más grande de la muerte en Cruz consistía en que la existencia de la víctima podía prolongarse de 24 á 60 horas. Los reos de complexión robusta no morían a veces sino de hambre.

La organización delicada de Jesús le preservó de tan cruel agonía. Tal vez la ruptura instantánea de un vaso del corazón, apresuró el término, cuya singular rapidez había de causar no poca extrañeza á Poncio Pilatos.

Algunos segundos antes de entregar el espíritu, tenía aún la voz entera. De pronto prorumpió en un grito terrible y penetrante: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.» Los

que estaban oyeron luego este último y supremo murmullo: «Todo se ha consumado...»

Saludemos, con la cabeza descubierta y doblando la rodilla, al Redentor de la Humanidad, al Hijo del Hombre.

Por mucho que se remonte el pensamiento, buscando á través de las crónicas del mundo los genios más insignes, los sabios, los legisladores, los guerreros, que ya destruyendo errores con el fulgor de su inteligencia, ya sojuzgando pueblos con el esfuerzo de su brazo, o ya imponiéndoles sabias leyes con la fuerza de su Voluntad contribuyeron eficazmente á redimir la humana criatura, y mejorar la suerte de la sociedad en que vivimos, ninguna de esas figuras se aproximará ni con mucho á la del Divino Maestro.

Nobilitísima misión fué la suya: sublime y heroico el modo de cumplirla.

No era filósofo que dictara reglas; ni capitán que con sangre y estrago afirmara sus conquistas; y sin embargo

hizo temblar á los legisladores y vacilar á los filósofos, y salió con la propia sangre su doctrina, y realizó, en fin, una obra superior á la de todos aquellos. La de purificar el mundo de sus vicios é ignorancia, la de libertar al hombre en espíritu y en materia, la de modificar radicalmente las costumbres, ena-

minándolas por una nueva senda hacia la justicia.

Hasta entonces, el único medio de poder y de gloria había sido la guerra. Se consideraba la servidumbre como un hecho necesario, natural y equitativo.

Desde entonces, una nueva palabra, mejor aún, un nuevo sentimiento, la caridad, hace menos pesadas las cadenas, mientras no consigue romperlas del todo, véase aparecer el modelo de una sociedad basada en ideas pacíficas, de un poder moral opuesto á los excesos del poder armado; el modelo de una fraternidad de naciones, las cuales en vez de aniquilarse unas á otras, se comunican en demanda de perfección mútua. ¿Quién ha obrado el prodigio?

El hijo de un humilde artesano de Galilea.

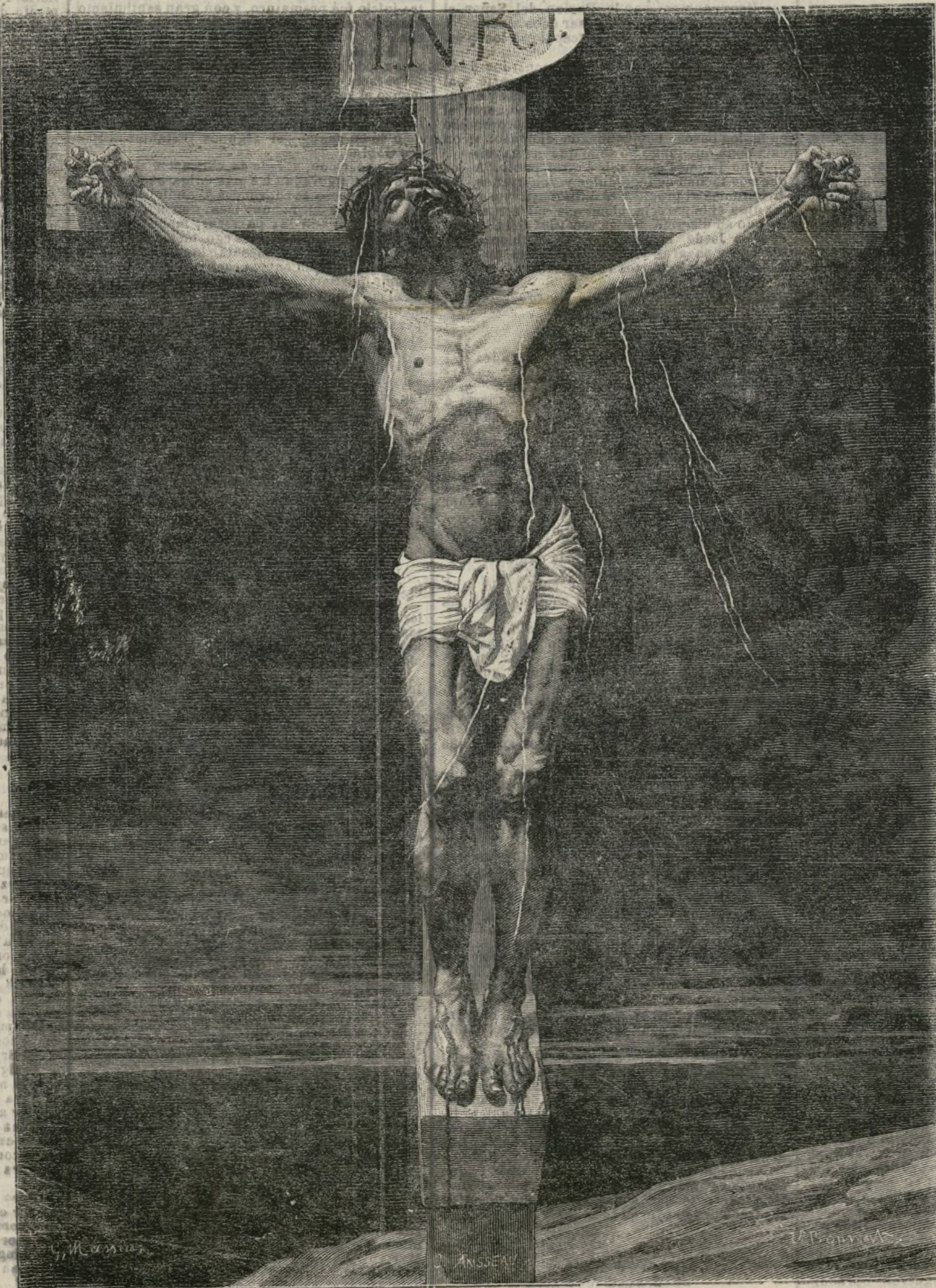
En el transcurso de siglos de siglos, nadie había pronunciado la hermosa máxima del Evangelio: «perdona á tu enemigo»; de las escuelas de Pitágoras, de Platón, de Sócrates, de Epicuro, jamás había salido quien osase decir á los tiranos: «Todos los hombres son iguales ante Dios», ni á los esclavos: «todos los hombres son libres», ni á los pobres: bienaventurados los humildes, ni á los ricos: «la mayor de las virtudes es la caridad», ni á los príncipes: «gobiernad, pero sin tiranía», ni á los vasallos: «obedeced, pero sin servidumbre».

Por eso se alzaron contra ellas los poderes todos y encendieron hogueras ó levantaron cadalsos los Césares, y se movieron los pueblos desagraciados, y esgrimieron los filósofos sus sofismas, y fulminaron los poetas sus burlas.

Conjuración inicua de todas las fuerzas sociales que, para defenderse, cargaban á una sobre el cordero sin mancha, creyendo todavía eficaz el uso de que un chivo expiatorio se llevase al desierto los pecados de las doce tribus!

Los que sentían mortalmente herida su soberbia personalidad y sofocada su vil ambición por la dulce fuerza de aquella doctrina santa juraron perder al reformador y decretar su muerte.

Pero Jesús, primer nartir de la verdad y de la libertad era inmortal, y así como su forma humana, su evangelio, resucitó para no extinguirse nunca, dentro del tercero día.



CRISTO CRUCIFICADO.—Cuadro de M. Leon Bonnat.

LOS SERMONES DE AYER.

POR LA TARDE.

En San Jerónimo

DON ANTONIO ORTEGA.

Mire usted, padre Ortega. Lo primero que necesita un hombre antes de acometer una empresa es un fin y un objeto. Subir al púlpito, encaramarse con los fieles y pronunciar palabras y más palabras, sin ilación y sin discurso, es, no desarrollar un tema que es lo que debe proponerse todo predicador, sino salir bucanamente del paso.

Y qué fatigas pasó el Sr. Ortega para hacer como que no tropezaba al decir frases que no interpretaban fíamente su pensamiento me colóquese a corta distancia del púlpito para no perder ni una sílaba; pero confieso que perdí frases enteras, no por torpeza de mi oído, sino porque el Sr. Ortega es de los hombres que no se detienen en el camino una vez emprendido. Cuando los verbos y los adjetivos faltan, se suplen con sonidos inarticulados, y que el oyente los interprete a su manera.

—Diga usted: ¿qué ha dicho?—pregunté a un caballero que se hallaba junto a mí. —No lo sé, me respondió, —he hecho la misma pregunta, al que está a mi lado, y tampoco ha sabido contestarme.

—Será—observé—que las condiciones acústicas del templo son malas. —Eso será,—me dijo.—Y así de común acuerdo, resolvimos echar la culpa de todo, al arquitecto del edificio.

El Sr. Ortega llevaba bien estudiada su oración: solo que debía adolecer de falta de memoria, porque repitió tres o cuatro cosas diferentes veces. La mejor voluntad y la más sana intención no bastan para dotar de imaginación y memoria a quien no las tiene, y mucho menos para pronunciar un buen sermón. El de ayer, sin embargo, tuvo un mérito: ni por lucidez ni siquiera aludó al liberalismo, al excepticismo, a los tiempos modernos, ni a tantas otras cosas que sirven de comodín a los oradores sagrados que solo se distinguen por su odio a las conquistas de nuestro siglo.

A. A.

En San Plácido

EL PADRE LÓPEZ MACAYA.

A las tres en punto comenzó la ceremonia del laboratorio, y a las tres y algunos minutos subió al púlpito un sacerdote barbilampiño, quien, por su figura, parecía un colegial recién salido del seminario, más dispuesto a oír sermones que a predicar los, el cual sacerdote, si nos atenemos al anuncio que a la puerta del templo se vela, llamábase D. Manuel López Macaya.

El tema que había de desarrollar nuestro predicador del epígrafe que a su sermón él mismo puso, era: «Amos los unos a los otros como yo os he amado.» Y en efecto, tras estas palabras de verdadera unión cristiana, el Sr. López comenzó por apostrofar y herir, conminándolos para que comparecieran ante su presencia a sostener sus ideas frente a las por él desarrolladas, a los libre pensadores, a los protestantes, a los mahometanos, a los excepticos, a cuantos combaten la religión católica única verdadera.

Habló después del Sacramento del matrimonio; y olvidando las frases amorosas con que le habíamos escuchado en su sermón dirigió alusiones temerarias a la República francesa por las leyes sobre el divorcio.

Algunas palabras sospechosas se le escaparon al orador, muy contra su voluntad sin duda: encareciendo la humildad de Jesús, quien llegaría hasta bajarse a lavar los pies a sus discípulos, exclamó: «el que casi podríamos llamar Dios.»

Aparte alguna incorrección de sintaxis, algunas redundancias, muchas cacofonías, y un gran empeño en prodigar adjetivos, el señor López Macaya resulta uno de los buenos predicadores que hemos oído. Su voz dulce y hasta melódica, su vehemencia en el decir, sus ademanes expresivos al par que moderados y elegantes, su fantasía para embellecer con imágenes originales los períodos, casi todos ellos bien redondeados y concluidos, lo colocan en aquella categoría: hay que darle la enhorabuena. La recibirá con gusto o no; pero yo se la doy muy sincera.

G. A.

Santa Cruz.

DON PEDRO A. FIGUEROA.

Retorcímonos diez y ocho siglos accediendo a los gustos al ruego del predicador; subimos en un momento al Capitolio; nos regocijamos con la pintoresca descripción que de la pagana Roma hizo el orador; asistimos, siempre con la imaginación, a la última cena donde Jesús dio ejemplo de humildad a sus discípulos lavándoles los pies y enseguida marchamos a Alemania, causa del destronamiento pontifical y origen del moderno panteísmo, racionalismo, escepticismo, o, mejor expresado, según decía el orador, del *saturnismo*, que luego la prensa y la palabra se han encargado de difundir y de arrastrar en los pueblos.

Mejor que nosotros, que nos confesamos humildemente legos en la materia, sabrá el señor Figueroa la relación que puedan tener todas aquellas cosas que de manera incongruente dejamos apuntadas—siguiendo siempre la incongruencia que resplandeció en la oración—con el grandioso tema del discurso.

El Sr. Figueroa, sentimos decirlo, no tiene ninguna cualidad de orador. D. Incongruencia, no sabemos si por efecto de tardanza o por la emoción de que parecía embargado, lastima el oído cuando habla; no pronuncia las consonantes finales y le falta la acción adecuada a la frase. Lo mismo lanzando apostrofes enérgicos que alabando la humildad de Jesús, el Sr. Figueroa se limita a levantar hasta la altura de los ojos el brazo derecho.

Dos ventajas encontramos en el discurso: que fué muy breve y que no hizo ni la más remota alusión al crimen que tanto ha preocupado al público. Cosa digna de alabarse si fué espontánea en el orador; y más digna todavía si obedeció, como parece observarse en todos los sermones, a una orden general.

En el discurso del señor Figueroa, aprendimos: Que el día y la noche son incompatibles; cuando una se marcha viene el otro.

F. M. G.

En Monserrat.

EL PADRE VILLARROYA.

Llegamos a la iglesia demasiado temprano: los periódicos anunciaban el sermón para las tres: el cartel fijado en la puerta nos advirtió que no predicaría el Sr. Villarroya hasta las cuatro. Como el numeroso público que entraba en el templo no salía, decidimos tomar puesto a tiempo, temerosos de que nos sucediese lo que a la comisión carlista que, presidida por el señor Nocedal en competencia con Villoslada, asistió a los funerales del señor obispo, que llegó tarde y cuando no permitían entrar más fieles en la iglesia.

Dentro del templo ya, nos admiró ver tan poca gente y no nos hubiéramos explicado el milagro, si un ruido, semejante al trotar de caballos, y que se oía en una capilla situada a la derecha del monumento, no nos hubiera advertido, que tenía la iglesia otra comunicación con la calle, a más de la que nos había servido para el ingreso.

Tomamos asiento después de haber rezado, y esperamos tranquilos el momento en que subiese al púlpito el Sr. Villarroya.

Los conmovedores misterios que en estos días celebra la Comunión católica; la tristeza, verdadera o fingida, que se retrata en todos los semblantes; la oscuridad de los templos y lo entulzado de los trajes, llevan el ánimo a la contemplación y al recogimiento; tuvimos que hacer un esfuerzo para no protestar contra los que, arrojando perros chicos y grandes en dos bandejas que estaban colocadas a los pies de una imagen de Cristo crucificado tendida en el centro de la iglesia, producían sonidos mas propios de las casas de cambio que de la casa del Señor.

Exponer a la contemplación de los fieles la imagen de Cristo después de haber sufrido la Pasión y haber muerto por la redención del género humano, sobre una entera y con dos bandejas a los pies nos parecía gran irreverencia; pero ésta se agranda al ver hombres, mujeres y niños echando en aquellas bandejas toda clase de monedas de cobre; espectáculo impropio del recio sentido y amoroso que el pueblo cristiano dedica al que murió redimiendo a la humanidad.

No criticamos los peñorcos en las iglesias: deber es de los fieles sostener el culto y acudir a sus necesidades; pero creemos que cuando los católicos conmemoran la Pasión del Señor, el dolor, el sentimiento y el pesar debe alcanzar a todos los que creen, sin exceptuar a los pastores.

Alor las lamentaciones, los recuerdos de la vida del Señor, su martirio y su muerte, y al mismo tiempo el chocar de las monedas y el vacilar de las bandejas, recordamos sin querer, el dolor de aquel viudo reciente, que, sorprendido en malos pasos, se justificaba diciendo: «con esta pena que tengo no sé lo que me hago».

Y no decimos más sobre este punto. A los que nos tachen de incrédulos y volterianos, les dirigiremos al propio Sr. Villarroya para que les diga si le parecía bien, que mientras pronunció su discreta plática recordando la humildad de Jesús, sonasen los perros chicos en la bandeja y pasaran los monaguillos de un plato a otro plato los cuartos recaudados.

J. C.

En San Luis.

(EL PADRE ALBERTI).

Nosotros le llamábamos mejor al padre *Rellampago*. Nunca hemos visto despaçar un sermón de mandato en menos tiempo.

Desde que se persigió hasta que exhortó a los fieles para que hicieran en aras de su Dios, el sacrificio de su vida, no mediaran ni quince minutos.

Y no decimos desde el exordio hasta el epílogo, porque en el sermón del padre Alberti, ni hay exordio, ni narración, ni parte alguna, de las que según los preceptistas deben componer todo discurso.

Por esto nos apresuramos a hacer constar, y bien sabe Dios que lo decimos de todas veras, la única buena cualidad oratoria que encontramos en el padre Alberti: la brevedad.

De las demás, preciso es confesarlo, aun cuando nos cause pena esta confesión, de las demás carece en absoluto.

Su voz es temblorosa; usa un tonillo un si es no es empalagoso, y en la acción deja bastante que desear.

La claridad, esa cualidad oratoria que tan recomendada le está a los oradores sagrados, es desconocida para el padre Alberti. Apostamos doble contra sencillo a que ninguno de los fieles que oyeron ayer el sermón del mandato en San Luis, es capaz de decirnos sobre qué versó la plática del Sr. Alberti.

«Que Dios quiso incorporar a la humanidad; que Cristo quiso que la humanidad se incorporara con Dios; que la obra de la redención fué grande, mayores los medios de llevarla a cabo y mayor aún su autor: que Jesús quiso presentarse a los hombres como el prototipo de la humildad, de la abnegación, del abatimiento.» Estos fueron los conceptos más claros que emitió el padre Alberti en su sermón.

Los demás argumentos confesamos, que no los entendimos y menos que ninguno de ellos el que decía que en recompensa de lo que Cristo había hecho por nosotros, estábamos obligados a dedicarle una vida de sacrificio, de *ignominia* y de *abatimiento*. (Esta palabra la repitió lo menos un ciento de veces durante el curso de su peroración.)

Nos cuesta mucho trabajo creer que el padre Alberti, confundida tan lastimosamente el significado de las palabras.

Por esto suponemos que el no entender al orador, fué culpa de nuestra ignorancia en materia de cánones y teología; pero como creemos al mismo tiempo, que los oyentes de sermones, no son en su mayoría doctores, ni siquiera licenciados en dichas materias, el orador sagrado debe expresarse de manera que lo entiendan hasta los más profanos.

Aconsejamos, pues, al padre Alberti, que procure ser más claro; de lo contrario sus oyentes sacarán de sus sermones lo que nosotros sacamos del de ayer poca cosa.

J. A.

En San Ginés

EL PADRE AVILÉS.

Según rezaba el cartel, a las tres de la tarde debiera predicar el sermón de mandato el señor Avilés, y con puntualidad verdaderamente militar, nos presentamos a las dos y media en el

templo, con objeto de no perder ni una palabra de las que pronunciase dicho señor; pero dieron las tres, y la media, y los tres cuartos para las cuatro, y al sonar esta última hora, subió al púlpito un sacerdote que suponemos sea el señor Avilés, pero no lo afirmamos, porque no lo conocemos.

El comienzo de su discurso fué brillante, y el tema que eligió «el amor divino», nos predispuso muy favorablemente. Creímos que nos iba a presentar conmovedores cuadros acerca del amor de Dios hacia la humanidad redimiéndola por medio del cruento sacrificio cuya conmemoración celebra estos días la Iglesia, y, como consecuencia de la necesidad del amor, verdadera expresión cristiana, para regular las relaciones entre las criaturas.

Al cuarto de hora de la peroración, nos convencimos de que el Sr. Avilés no se hallaba en disposición de elevarse, ni siquiera de desarrollar medianamente tan sublime tema, y empezó a decaer empleando imágenes muy vulgares y conceptos humanos para explicar cosas divinas.

De todo el sermón, solo una enseñanza hemos sacado, que no hemos de ocultar.

A que no adivinamos nuestros lectores por qué y para qué descubrió Cristóbal Colon el Nuevo Mundo? El señor Avilés nos lo reveló claramente ayer: fué descubierta el Nuevo Mundo por el extraordinario amor que Colon profesaba a Dios, y para que penetrara la luz del Evangelio en aquel ignoto continente; ni más ni menos.

Si nos fuera permitido dar un amistoso consejo al Sr. Avilés, le diríamos que puesto que no carece de condiciones oratorias estimables, debiera dedicarse al estudio del asunto objeto de sus sermones con más profundidad de lo que lo ha hecho ayer, y solo de este modo podrá adquirir fama y cautivar la atención de sus oyentes.

M.

En San Pascual.

EL P. GABINO SANGÜESA.

Las primeras palabras que escuchamos al Padre Gabino, encargado del sermón del Mandato, nos inclinaron a su favor; sus frases correctas y sencillas, dichas sin afectación, nos hicieron creer que el alabanzamos tendríamos que decir del P. Gabino; creímos que su discurso se saldría de lo vulgar; mas lo confesamos, nuestro juicio fué prematuro, y con gran sentimiento tenemos que criticar al predicador de San Pascual.

El P. Gabino tuvo momentos felicísimos, pero no en todo su discurso. Hubo ocasiones en que no parecía que era el mismo predicador que comenzó el sermón del Mandato.

Se conoce que el Espíritu Santo, ocupado en inspirar a varios oradores a un mismo tiempo, dejó de su mano por algunos instantes al Padre Gabino.

En su sermón, al lado de conceptos delicados y severos, figuraban los más vulgares y adocenados; deseoso de convencer al auditorio, repeta hasta la saciedad una idea, y en ocasiones no cambiaba ni aun las palabras; menudeaba los ejemplos, muchos de ellos con mejor deseo que fortuna. Si afan de presentar las ideas claras y precisas le perjudicaba; prueba de ello, el llegar a decir que Satanás «inculcó el virus maligno» en el corazón del hombre, y el afirmar en más de una ocasión que la Iglesia es el específico para todos los dolores, para todas las desgracias.

A final de su discurso, volvió a ser el padre Gabino un buen orador; la alusión al triste y sensible acontecimiento del pasado domingo, fué sumamente discreta; las consideraciones que hizo atizadas en extremo; es verdad, padre Gabino; la culpa de un sacerdote no debe recaer sobre toda una clase; en ésta puede haber alguno indigno; si entre los Apóstoles hubo un Judas, como dice el padre Gabino, no es de extrañar que haya un desgraciado criminal entre los sacerdotes.

P. O.

En San Sebastián.

Predicaba nada menos que un beneficiado de la S. I. C. de Madrid, el Sr. Belda.

Como orador se parece no poco al Sr. Aguilera (D. Luis Felipe). Habla, y habla, y da vueltas alrededor de los asuntos, hasta que los abandona de puro cansado él, no de bien dilucidados ellos.

Además, es harto redicho. Ni por un ojo de la cara empleará las usuales invocaciones: «Hijos míos, amados oyentes.» El Sr. Belda, con toda la entonación propia del caso y del beneficio, usa estas otras mas elegantes: «Ministras del santuario, ilustrados miembros de las Archicofradías parroquiales, cristiano auditorio...»

Como presbítero está bien versado en lugares teológicos y padres de la Iglesia. Como filósofo es un escolástico sutil, capaz de enbriarse por el ojo de una aguja.

Explicó el lavatorio, encomendándose a San Juan, de quien dijo con laudable franqueza, que era el único que había tratado de ello, entre todos los evangelistas. Verdad es, añadido, que ni San Mateo ni San Marcos, ni San Lucas, tenían tanta diligencia y tan buenos informes, como el discípulo predilecto. Esto sentido (y allá se las compaña con los tres desairados sinojos), entró a explicar la humildad de aquel acto, afirmando en redondo que no veía antecedente alguno.

Pero el Sr. Belda es hombre de conciencia y de memoria. Debía acordarse, cuando tal decía, de que entre los patriarcas bíblicos se acostumbraba lavar los pies a todo huésped, y abriendo un paréntesis cedió al reparo. Según él, la acción de Abraham carece de mérito, porque los lavados eran ángeles. ¡Como si el padre Abraham lo supiera cuando echó mano a la bacia!

El hijo de la relación le llevó de seguida a hablar de María Magdalena, la que echó sobre los pies de Cristo unguento de nardo. Era al fin y al cabo (dijo) era una pecadora.

Alt, y volvamos por la Magdalena, Sr. Belda ya que usted considera a San Juan como el mejor enterado de los evangelistas, aténgase a sus informes. Magdalena, según San Juan era una mujer de bien, hermana de Lázaro y de Marta, y referida a esta por el Redentor en gracia a que María no pasaba de una excelente ama de casa, mientras que Magdalena era un alma soñadora y contemplativa.

No nos explicamos tampoco que el Sr. Belda tan fiel seguidor de las escrituras, afirme que el primer lavado fué Judas Iscariote. Eso dice San

Juan Crisóstomo, pero aquellas, inspiradas por el Espíritu Santo nada dicen. Y se nos figura que entre la tercera persona de la Santísima Trinidad, y un santo padre por muy santo que sea, no hay competencia posible.

De todas maneras, el Sr. Belda, posee talento y cultura, así como una expresión, ya que no correcta, muy fácil.

Lastima que abuse de un insoportable ríptio. El mismo que se suele emplear por los vates y músicos que escriben habaneras, los cuales interponen ó agregan un ¡sí! cuando no un par de ellos, en todas las frases.

Y eso, Sr. Belda, desagrada bastante ya que no ¡sí! a los ministros del santuario ni a las archicofradías parroquiales, por lo ménos, ¡sí! al cristiano auditorio.

A. V.

En la catedral de Toledo.

EL SEÑOR SANGÜESA.

Teníamos por cosa cierta, que la oratoria sagrada, algo decaída en Madrid, era cultivada con esmero en las catedrales.

Eligiese el cetro catedral entre todo el clero de España. Natural es que sobresalga en cuanto a la religión se refiere. Nada tan poderoso como la palabra del orador sagrado para fortalecer la fe en el ánimo del creyente y atraer a vías de piedad al incrédulo. Nada tan lógico y natural, como la alta idea que del estado de la oratoria sagrada en las catedrales, profesábamos nosotros.

Deseos de corroborarla se nos ocurrió ir ayer con tal fin a la iglesia metropolitana de Toledo.

Allí, mejor que en parte alguna, podíamos cumplir nuestro propósito. Porque si la elocuencia religiosa ha de aparecer en todo su esplendor en las catedrales, en la primada de las Españas tiene que ser la quinta esencia de lo sublime.

Confiados en ello, tomamos el tren directo de Toledo, llegamos a la Imperial ciudad, oímos al canónigo Sr. Sangüesa el sermón de *Mandato* y salimos de allí con grates desperfectos en nuestro optimismo.

Y no precisamente, porque sea un mal orador el canónigo Sr. Sangüesa. Predicando en una parroquia, en un oratorio ó capilla de Madrid, ningún reparo habríamos tenido que oponerle. Pero en la catedral de Toledo... Si en medio de las maravillas acumuladas allí por el espíritu religioso de tantas y tantas generaciones un predicador no se siente inspirado, ¿cómo y cuando visitará a su alma la inspiración?

Ignoramos si esta habrá en otras ocasiones visitado al dicho señor canónigo. Lo que es ayer, ni siquiera le envió tarjeta.

Para que el sermón guardase armonía con el templo el predicador debía de aparecer con grandeza de pensamiento y fuerza de expresión. No hubo tal grandeza; y en cuanto a fuerza de expresión Dios la dá para otra vez.

Cuando el orador exclamaba «ay hermanos míos» parecía que sofocaba un bostezo; y su acento era por lo general tan desmayado, que a no verlo salir de un canónigo rollizo y fresco habríamos supuesto en mal estado el aparato digestivo de dicho señor.

Tiene notable facilidad de palabra. Ni una sola vez se detuvo vacilante en la elección de vocablos. El Sr. Sangüesa maneja la sinhuaso con la mantecosa agilidad del ex-ministro D. Pío.

En cambio no anda bien de oído. De oído músico, se entiende. El desagradable sonante de las palabras aconsejadas no le estorbaba. «A la cena legal, en que se comió el cordero pascual, siguió la cena usual, en la cual...» El señor que dispone de las tempestades, de las enfermedades, de las felicidades... y así sucesivamente.

Pero el fuerte del Sr. Sangüesa es el diálogo. En la amplificación que hizo del que medió entre Jesús y Pedro, cuando éste se resistía a ser lavado por aquél, fué donde lució tal facultad. ¡Qué de cosas le dijo Pedro a Jesús, y qué de cosas le dijo Jesús a Pedro! El Sr. Sangüesa tomó en el diálogo participación; habló a Pedro y a Jesús, y lo dejó todo arreglado.

Salimos del templo un tanto mustios. Habíamos empleado tres horas en el tren a íbamos a emplear de idéntica manera igual tiempo, solo por oír predicar como se predica en cualquiera de las modestas iglesias de Madrid.

Quizás el Sr. Sangüesa predique mejor que predicó ayer. Quizás cierta confianza en la buena voluntad del auditorio y en que la cosa quedaría entre amigos, le hizo descuidarse un poco. Mas, ya lo vé el digno canónigo metropolitano. Conviene no dormirse en esa confianza. Porque donde menos se espera salta un revistero de sermones.

M. T.

En San José.

EL PADRE SANCHEZ COCA.

Antes de entrar en el templo leímos en el cartel «El sermón de mandato lo predicará el señor D. Eduardo Reina» pero llegada la hora del sermón vimos que el Sr. Reina no predicaba.

En su lugar había designado a D. Francisco Sanchez Coca.

El Sr. Sanchez Coca es un predicador, a quien no conocíamos; y así temerosos de una sorpresa nos dimos a inquirir noticias suyas. Solo pudimos averiguar, que había ejercitado los santos oratorios como capellán de una comunidad de hermanitas de los peccos en una población de Andalucía y que era la primera vez que dirigía a palabra al pueblo de Madrid desde la cátedra sagrada y en momentos tan solemnes.

No pudiendo escuchar al Sr. Reina nos contentamos con oír a su sustituto.

El Sr. Sanchez Coca es un orador muy dado a las figuras.

Así nos propinó de buenas a primeras la pintura de una batalla que Jesucristo se propone dar al poderoso rey Satanás.

Unos y otros eligen sus campeones. El de Satanás es Judas armado de todas las malas armas; como la soberbia y la avaricia. Jesucristo nombra a Pedro armado de la humildad y la caridad.

Pero he aquí que en la batalla se reproduce, no por culpa de los campeones, sino del orador, una confusión espantosa, en la que, quienes salen peor librados son la retórica y la sintaxis.

que ninguna culpa tenían como que por no meterse en nada no hablan asomado por el discurso.

En medio de la polvareda que los combatientes levantaron, el orador se metió aun atolondrado, del que no saldrá ciertamente si no cesa en su afición a dibujos y definiciones.

Corrigiéndose de ello y de cierto sonsonete irresistible, y de cierta cadencia infantil con que termina todos los períodos, el Sr. Coca podrá pasar con el tiempo por un mediano predicador.

El bellísimo pasaje del lavatorio en la última cena de Jesucristo, cuando Pedro se niega a que el divino Maestro le lave los pies diciéndole: «Señor, tú lavarme á mí los pies», fué descrito de manera que resultó la disputa de dos enojados amigos que pugnan por cederse el paso ó el primer puesto en la mesa.

Solo se animó el orador en la última parte de su discurso al hablar de la sociedad presente para la cual tuvo un arsenal de calificativos rimbombantes y de tristes profecías.

Por una no nos profetizó que volveríamos á oírle, o demos llevar lo demás con paciencia.

M. G.

POR LA NOCHE.

En San José.

EL PADRE BORONDO.

Cuando entré en el templo estaban cantando el último salmo del oficio de tinieblas. Un contraltito de atrevidos músicos, hacia unos metros por todo lo alto, sin cuidarse de las demás voces y dejando en el mayor desamparo á una señorita tiple que tenía sin duda mejores ojos que voz (y cuenta que no la vi la cara) y que no encontraba otra voz amiga que la ayudara á dar las notas altas y disimulara un poco los gallos que se escapaban del coro.

Calló la música, los devotos que habían llevado carracas y otros útiles de hacer ruido, se dieron el gusto de correr una juerga en plena casa del Señor á pretexto de romper la cabeza á Jiles, y así que se restableció el silencio, subió al púlpito el orador padre Borondo.

No sé por qué al oírle comenzar el sermón diciendo: «Señores,» en vez de «hermanos míos,» algunos de los que permitían muchos clérigos, me me atizó que el padre debía ser un buen predicador.

Y no me equivoqué.

El señor Borondo tiene fácil y elegante palabra, es ruidito sin afectación y expone con claridad suma á un aquellas cosas que no están, por lo sutiles, al alcance de la mayoría de los auditores de las iglesias.

El orador se propuso probar que no están en el cielo los que consideran á Jesucristo como una creación ideal, ni lo están tampoco, los que admitiendo como verdad histórica la existencia de Jesucristo, niegan la divinidad aneja á su condición de Hijo de Dios.

Para convencer á los primeros el Sr. Jimenez hizo un estudio histórico que no lo hubiera hecho más concluyendo el mismísimo padre Fita que sabe según dicen, más cosas que el Sr. Cánovas, para convencer á los segundos tuvo que recurrir á la fe.

De todos modos unos convencidos y otros sin convencer, los oyentes escucharon al orador con el más atento agrado.

A mí, como estaba, mientras duró la plática, un negro, pero no de esos teñidos como llevan algunos que yo sé en sus coches, sino un negro auténtico.

El respeto al lugar en que nos hallábamos me impidió preguntarle si era él, el verdadero Negro del Sermón.

J. M.

En la Visitación.

DON ANDRÉS SALAS.

El ama del Calvario, sublime y conmovedor, basta por sí solo para manar en constante el interés y la atención del auditorio; si el Padre Salas hubiera pensado esto, hubiérase limitado á exponer sencillamente la pasión de Cristo y no hubiera querido buscar el efecto en una oratoria hueca y ampulosa; aquel tono melódico y alzado, á aquellas tan alisonantes y tan rebuznadas palabras, ni son propias de la sagrada cátedra, ni para pintar la pasión de Jesucristo.

Eso, lo repetimos, es bastante interesante y no precisa de que en ella se intercalen pasajes de obras de actualidad, la alusión a los ensalmos de la Iglesia que designan á sus sacerdotales, la alusión á las iglesias nacionales, y especialmente la alusión a la prisión de San Juan, pintada con los más negros colores de la paleta del señor Salas, estaban fuera de lugar.

Antes de concluir daremos un consejo al señor Salas, ya que por lo visto lo ha dado á las frases y comparaciones; tenga mucho cuidado en el uso de unas y otras, pues en su oración hemos notado algunas que no encajaban en ella de manera alguna; repare mucho en no repetir en otra ocasión que la tierra se conmovió en sangre, y tenga mucho cuidado en no volver á comparar la caída de los sayones judíos al oír la voz de Jesús, con la caída de las murallas de Jerico; porque esto no es otra cosa sino comparar lo que no tiene punto de comparación.

P. O.

En San Justo.

EL PADRE CASANUEVA.

Ala que todos los oradores sagrados fueran de las condiciones del Sr. Casanueva.

Y no crean nuestros lectores que el dicho predicador tenga la talla de un Maellón que pasa con justicia por el predicador más elocuente de los tiempos modernos; nada de eso; y aunque el sermón del Sr. Casanueva no se recomienda por la unión del más rico y suave perfume de la oratoria sagrada, al decir de un acreditado escritor, tiene en cambio y como recomendación estimable gran claridad en la exposición, sobriedad en los detalles insignificantes, y sobre todo, cierta transigencia con los detalles del siglo, virtud poco común en sus colegas de ministerio.

No podrán decir los detractores de nuestras críticas que repleta de ellas, en ellas marcado espíritu de censura; nacemos justicia y aun pecamos de benévolo y de esto último puede dar razón el padre Casanueva, cuando observen que no damos gran importancia á aquello de la incredulidad que no cree, y sobre todo, que no toma en cuenta la terrible maldición que, indignado, fulminó sobre los impíos e hipócritas que, semeándose á Pilatos, sienten una cosa y expresan la contraria.

El orador tuvo frases de gran violencia para el autor del asesinato del prelado de Madrid; cuando hacía referencia á aquel lamentable suceso, la voz del Sr. Casanueva, de suyo bronca y desahogada, se hacía cavernosa; agitando violentamente los brazos: la oscuridad del templo no dejaba verlos, pero estamos seguros que los ojos del predicador fulminaban santa ira.

Tuvo entonces una frase que produjo sensación: «Nosotros—decía—los que vestimos el hábito del sacerdote, no podemos atravesar las calles sin que el rubor de la vergüenza enrojezca nuestras mejillas; á este extremo nos ha llevado la infame conducta de un sacerdote indigno... he aquí por qué señores no puedo protestar contra las vejaciones que sufre el clero católico, impedido por conveniencias del momento» (sic).

Por lo demás nosotros perdonamos al señor Casanueva la parte de anatema lanzado contra la prensa.

¿Qué harán nuestros colegas *El Siglo Futuro* y *La Fe* y *Adláteres*?

F. M. G.

En Santa Cruz.

DON ILDEFONSO PELAYO.

Una mosca blanca. El padre Pelayo es de la madera de los buenos oradores sagrados. El Globo, que no se inspira más que en la verdad, y que se conduce de que en los templos no resuene el eco de voces elocuentes, debe declarar hoy al referirse á la oración del Sr. Pelayo, que es una de las más pausadas, más sencillas y más correctas que ha oído desde que se ha impuesto la obligación de decir al público como anda la elocuencia sagrada en España.

El Sr. Pelayo es un espíritu muy culto; no posee el don de arrebatar con párrafos sonoros y bien medidos, pero tiene en cambio el dominio de la palabra y el conocimiento perfecto de la lengua. Las oraciones fluyen de sus labios espontáneas y correctas, sin artificio y sin esfuerzo; la sintaxis que emplea es irreprochable y la pronunciación esmeradísima, hasta el punto de que no pierde siquiera una sola letra. Unábase á estas condiciones una voz clara, varonil y de buen timbre, y ademas sobrios y distinguidos, y dígame después si no debemos regocijarnos de haber encontrado un orador que merece todos nuestros elogios.

El padre Pelayo tiene la cualidad suprema de los hombres de talento: se conoce á sí mismo. Sabe que no atesora su inteligencia los dones de la imaginación, y no los prediga. Seriale fácil con la cultura que demuestra y con el buen gusto y la educación literaria que revela, el uso de figuras y tropos; más entonces desaparece la naturalidad y surgen la afectación esforzada, por la cual tantos y tantos oradores buenos no llegan á la categoría de medianos. Venimos observando que los oradores que suben al púlpito, no se consideran tales, si no hablan lenguaje figurado, y sucede lo que forzosamente ha de suceder: que aquel á quien le negó el cielo los dones de la fantasía y el arte de embellecer las cosas, comparándolas con otras, por cuidar con esmero de su pintura, se pierda en detalles confundiendo á sí propio y confundiendo y fatigando al auditorio que le escucha.

El orador ha de ser ante todo natural, espontáneo y libre. Así es el señor Pelayo. Con su elocuencia llana y sencilla, con sus narraciones dichas con claridad admirable, logró conmover á los numerosos fieles que se congregaban bajo su cátedra.

La Pasión del Justo, el sacrificio Dios-Hombre por redimir á la Humanidad, la escena del Huerto de los Olivos, la sentencia, las blasfemias del populacho, y el postrar suspiro del Redentor, tuvieron en el Sr. Pelayo un narrador elocuentísimo y sencillo. A veces el orador concluía sus más hermosos párrafos con sentencias dignas de un filósofo y de un crítico.

Una observación para concluir, que nos dispensa de más alabanzas: la gente que entraba en el templo sin más objeto que el de rezar la estación, permanecía allí no bien escuchaba una cuantas frases al Sr. Pelayo.

El Sr. Pelayo es todavía joven, y si continúa cultivando su inteligencia y el arte de hablar, conquistará días de gloria.

A. A. B.

En San Felipe.

Estaba anunciado que el sermón de la Pasión lo pronunciara en esta iglesia el padre D. Enrique Almaraz, ex magistral de Salamanca y secretario que era del ilustre prelado que hace pocos días cayó mortalmente herido en las gradas de la Catedral de Madrid. Muy extraño se nos hacía que dicho sacerdote, de cuya ilustración tenemos las mejores noticias, tuviera la serenidad de espíritu necesaria para dirigir la sagrada palabra á los fieles, y con acierto pensábamos; pues á cosa de las nueve subió al púlpito otro sacerdote que al final del exordio anunció que sustituiría á su contristado compañero.

No conocemos pues, ni siquiera el nombre del que reemplazó al señor Secretario del obispado, pero de él diremos desde luego que podía á poca costa ser un orador sagrado sino del todo perfecto, con las condiciones necesarias para que la oyeran con sumo agrado el auditorio. Sobre todo esa parte de auditorio que posee suficiente ilustración para llevar ya sabido el tema de la oración sagrada que va á oír.

Este sacerdote posee una voz clara y sonora, adopta muy bien el tono que exige la oratoria sagrada y se expresa con bastante facilidad.

Pero á cambio de estas condiciones que ya son de por sí muy recomendables, observamos que había estudiado poco el argumento de su discurso, ó acurrió voluntariamente en las vulgaridades aceptadas ya como cosa corriente entre cierta parte del clero.

Según la opinión, ó según la expresión del orador de que nos ocupamos, el pecado y solo el pecado del hombre, fué el origen y causa, de aquel terrible drama desarrollado hace diecinueve siglos en Judea.

Por nuestros pecados vino Jesucristo al mundo, por nuestros vicios le prendieron, por nuestras maldades le juzgaron, por nuestras liviandades le coronaron de espinas, por nuestras malas pasiones le hicieron pasar horribles martirios, y por nuestra perversión le crucificaron.

Advirtamos que momentos antes había dicho el orador que el mundo está perdido, que el robo, el asesinato, la injuria, la gula y la avaricia se señorean del mundo sembrándole de malas pasiones y se deducirá que el sacrificio del Dios-Hombre fué estéril é infructuoso.

Estas son las consecuencias de emprender el discurso sagrado por caminos declarados ya vulgares, y emplear argumentos que no encuentran aceptación en muchos fieles y que son propuestos á aquellos otros que declaran que Jesucristo vino á redimirnos de la esclavitud y de la tiranía y que logró con su entereza y con el sacrificio de su vida hacer iguales á los hombres, libres á los pueblos y justas las leyes que los rigen.

El orador echó mano de la repetición tantas veces censurada «por vosotros le encarnaron, por vosotros, le hicieron pasar cruces martirios, por vosotros... por vosotros...»

Tampoco anduvo acertado, en nuestro pobre concepto al describir la presentación de Jesús ensangrentado y maniatado al pueblo. El orador decía que al «Ecce-Homo» de Pilatos contestó el pueblo—«no; ese no es el hombre, ese es nuestro Dios»—«Y qué queréis que hagamos con vuestro Dios?»—«Crucifícale»—«Y siendo vuestro Dios queréis que se lo sacrifique?»—«Sí, porque rechaza nuestros vicios, y nosotros preferimos nuestros vicios á nuestro Dios.» Creemos humildemente que las cosas no pasaron de esta manera.

En resumen: el orador, hizo historia sagrada, cuando ya está hecha y sabida por todos, y unas cosas nos asombraron por la novedad, y otras nos dejaron en la ignorancia como cuando dijo que los pies de Jesucristo eran hermosos como los de los que evangelizan la verdad y la doctrina. En los evangelios es más admirable la palabra que los pies.

Declaró después una vez más que esto anda perdido, que esto es un semillero de malas pasiones, que se oprime á las vidas, que los ancianos prestan con usura que los niños blasfeman y en fin, que la culpa de todo esto la tiene la Masonería, en lo cual ya no tenemos inconveniente en asentir, porque de esos picaros masones hemos oído contar perrerías á muchos neos.

El orador terminó pidiendo á Dios piedad por nuestras culpas y al auditorio indulgencia para su discurso. Unos y otros necesitamos lo solicitado.

A. C.

En la capilla de Jesús.

El padre Mata ha ido á Renán, y nada de particular hay en ello, pues como tal padre, debe de tener licencia para leer obras prohibidas.

Nos hacemos esa figuración (y él perdona si le ofende) porque conocemos perfectamente el estado político de la Judea, y las relaciones singulares que mediaban entre dicho país y Roma. Anoche las explicó de la propia manera que el insigne autor de la «Vida de Jesús», y hasta se nos antoja que, con arreglo á la pauta referida, halló paliativos, si no excusas, á la flaqueza de Poncio Pilato. Quizá una simple coincidencia.

La relación de la tragedia sublime fué lo más desordenado y flojo. Y allí, en donde el padre Mata se metió en dibujos, allí saltó un gaxapo.

Empeñóse en murmurar de Herodes, á cuya presencia fué llevado, según algunos expositores, Jesucristo.

Y dijo:—El tirano, que ya le había perseguido en la cuna, ordenando la degollina (textual) de los inocentes, pudo complacerse, realizando por último sus pensamientos odiosos.

El de la degollina fué Herodes el Idumeo; el otro (estuviese ó no en Jerusalem), era Herodes Antipas.

Eso no nos impide reconocer el alto sentido con que el padre Mata explicó el alcance democrático y emancipador del Evangelio.

De donde resulta que podemos exclamar, por vía de resumen, en el presente caso:

—La leira de Mata, mata: el espíritu vivifica.

M. S. J.

En San Ildefonso.

En este templo donde por la tarde había podido oírse la relativa elocuencia y positiva ilustración del Sr. Montalbán, tocó en turno por la noche dejar oír su voz desde la sagrada cátedra al padre Domingo García.

Cualquiera aquí se llama Domingo García y cualquiera también haría un sermón en el que nos espeló su merced y aun mucho mejor sin ningún esfuerzo.

El Sr. García fué puntual y solemne, no lo hubiera sido. Una hora larga de tallo sellado en el púlpito: hora mortal que detestamos no lo tome Dios en cuenta y á nosotros si en compensación de nuestros pecados.

Dijonos el Padre García que se proponía tratar la Pasión y muerte de Jesucristo, «demostrándonos el triunfo de la verdad y de la virtud sobre el error y la pasión,» y así se curó él de demostrarlo como nosotros, que allí no llevábamos otro propósito que el de oír y apreciar. Y ¡qué cosas vimos!

Con frase torpe y llena de lugares comunes en oraciones pesadamente contruidas y sin cambiar jamás el tono propio de la exposición nos hizo viajar desde el Huerto de Gethsemani, donde oró y suplicó Jesús, á casa de Caifás «donde entabló con este admirable diálogo» que «no nos os repto—decía el Sr. García—por no hacer interminable el relato de la Pasión.» Desgraciados de nosotros si le da por referirlo!

Después de conducido el Justo á casa de Pilatos y de lavarse éste las manos, manifestó al auditorio que tejida de no se sabe cual planta porque el texto no lo dice, pero si que tenía espinas, hicieron una corona que pusieron al Salvador «en el torso,» del cual comenzó á manar hilo á hilo, formando luego arroyos y torrentes la sangre. Por Dios santo Sr. García, ¡qué tanta sangre!

Á las santas mujeres, llenas de fe que siguieron á Jesús hasta el pie de la Cruz confesando su doctrina, las pintó el padre García con frase tan poco propia y adecuada, que más parecía tratar de mujeres de romps y rasga de estos tiempos que de aquellas otras llenas de amor por las sublimes predicciones del Justo.

Y calculando, no sin motivo, el Sr. García, que se había detenido mucho en todos los anteriores pasajes, acabó en un momento con Jesucristo en la Cruz y cual si le hubiese dejado en un lecho de rosas, se volvió hacia el altar á pedir perdón para nosotros y para él, por haberse atrevido á tratar con palabra fría (qué dice usted fría ¡congelada!) los diversos y más culminantes pasajes de aquella terrible pasión.

Bien le necesita usted, Sr. García, por su atrevimiento, que fué mucho. Nosotros, confiando en la misericordia del Señor que es infinita, creemos que se le otorgará si usted, decididamente renuncia al púlpito. De otro modo, imposible.

V.

TELEGRAMAS.

Terminación de las huelgas en Angers. PARIS 21.—Han terminado las huelgas de tejedores en Angers, habiendo llegado á un

acuerdo obreros y patronos sobre el salario y las horas de trabajo.

Sobre el convenio turco-búlgaro. VIENNA 21.—Los despachos oficiales de Sofía niegan que el príncipe Alejandro haya anunciado al propósito de someter al Parlamento búlgaro el convenio con Turquía, antes de declarar que acepta los acuerdos de la conferencia de Constantinopla.

Un vapor correo.

LAS PALMAS (Gran Canaria) 21.—Por el cable de la Compañía nacional española. Hoy ha llegado á este puerto el vapor *Formoso*, que viene á inaugurar el servicio postal de vapores entre las islas de este archipiélago.

La salud pública en Italia.

PARIS 22.—Según los despachos que se reciben de Italia, el cólera tiende á propagarse en diferentes localidades de aquella península.

Una nota de las grandes potencias á Grecia. PARIS 22.—Según anuncian los periódicos de esta mañana, las potencias dirigieron ayer una nota á Grecia, en cuyo documento declaran:

Primero, que están perfectamente de acuerdo en la cuestión helénica.

Segundo, que desean que Grecia se conforme con la voluntad de Europa, y

Tercero, que si en un plazo determinado, Grecia no se somete á esta, se tomarán serias medidas, cuyas consecuencias no podrán menos de ser muy perjudiciales para la nación helénica.

Francia, después de algunas vacilaciones, se ha adherido por completo á esta nota.

Esto, no obstante, se cree que se abstendrá en tomar parte en la acción naval, que, en caso necesario, se proponen llevar á cabo las demás potencias.

Correo de la Habana.

CADIZ 22.—A las cinco de la tarde, y procedente de la Habana y Puerto-Rico, ha llegado sin novedad á este puerto el vapor correo de la compañía trasatlántica «Antonio López».

Rabra.

SECCION DE NOTICIAS.

El precio de este número es el usual en la venta de nuestro periódico; es decir, de cinco céntimos ejemplar. Aunque esta advertencia la hemos hecho en otras ocasiones, de una vez para siempre, la repetimos para evitar abusos.

Una ciudad incendiada.

La ciudad de Stry en Galitzia (Austria) ha sido completamente devorada por un terrible incendio que estalló en la noche del viernes último.

Cosa de las doce sería cuando tuvo principio el siniestro, y en menos de dos horas, el fuego, avivado por un viento tempestuoso, había invadido la mayor parte de las calles, pese á todos los esfuerzos empleados para combatirlo.

Fueron reducidas á ceniza de quinientas á seiscientas casas, y perecieron muchas personas, tantas que según los periódicos ingleses, hubo que retirar centenares de cadáveres carbonizados de debajo de los escombros. Cerca de 10 000 habitantes han quedado sin hogar y sumidos en espantosa miseria.

Las pérdidas ascienden á muchos millones. Nuestros lectores recordarán con este motivo, que no há mucho hablamos de las consecuencias horribles que aquí podría ocasionar un incendio de importancia ayudado por el viento impetuoso. Bien será recordarlo de nuevo.

Necesitamos de toda necesidad aparatos de salvación para la vida, material moderno y servicio completo para la defensa de nuestros intereses. Y esto sin la menor tardanza, pues nos hallamos respecto del particular peor que muchas ciudades de España y que todas las de Europa.

Dr. Porras, dentista, Arenal, 22, duplicado.

Todos los días, de 2 á 4, vacuna directamente de las terneras del Dr. Balaguer, Hileras, 8, y de 11 á 1, á 10 rs. Duque de Alba, 11, 1.

Un petardo.

Estalló anoche en la Iglesia de San Luis y sonó como si fuera un cañonazo.

Según nuestros informes, que son de referencia, pues no hemos podido entrar en la iglesia y el juzgado no había salido de ésta a la hora de cerrar esta edición, el petardo estaba colocado dentro de uno de los cirios que alumbraban el monumento.

Como de costumbre, varios fieles se encontraban velando el cuerpo del Señor. La luz, al llegar á donde estaba el cartucho de pólvora, comenzó á chisporrotear, y dos de los que velaban se acercaron á ver lo que era cuando se efectuó la explosión, hiriéndolos gravemente.

Uno de ellos, según se nos ha dicho, recibió el fogueazo en la cara, y se teme pierda la vista; el otro fué herido en un brazo.

El primero se nos ha dicho que es médico. Con el juzgado de guardia acudió el médico de la Casa de Socorro para practicar á los heridos la primera cura.

Barbaro atentado.

Comunican de Huesca que en la ciudad de Barbastro fué encontrado ayer un niño de la misma; enterrado vivo.

Un individuo de su familia vió la cabeza del desgraciado, que era la única parte de su cuerpo que estaba sin enterrar, y avisó á las autoridades.

Acudieron éstas y sacaron de su sepultura al desdichado, cuyo estado es gravísimo, pues había permanecido en aquella situación doce horas. Los barbaros agresores parece que después de maltratarle á golpes, le desnudaron y le enterraron hasta el cuello.

En Aransuy han sido presos por la Guardia civil los presuntos autores de este hecho brutal.

Desde el 1.º de Setiembre de 1884 un *Sello de garantía*, conteniendo las palabras francesas: *Union des Fabricants pour la répression de la Contrefaçon*, se aplica como un sello de correos en todas las cajas de píldoras que salen de la Farmacia del Doctor Dehaen, de París.

Bolain.

Madrid: Antaño, 00.00.—Fin de las 18.15.—Operaciones.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE AL. ALONSO. Calle de San Juan, 2, y Plaza, 16.

EMULSION DE SCOTT

ACEITE DE HIGADO DE BACALAO

CON HIPOFOSFITOS DE CAL Y DE SODA

Ha merecido los más lisonjeros encomios de

LA FACULTAD MÉDICA DE EUROPA Y AMÉRICA

por ser la preparación más agradable al paladar; de fácil digestión, aun para los estómagos más delicados; pudiendo ser administrada aun en los meses más cálidos, siendo la combinación del Aceite de bacalao con los hipofosfitos, el remedio más eficaz para la curación de la

Tisis incipiente, Tos pertinaz, Bronquitis, Catarro y Resfriados, Enfermedades del pecho, Afecciones de garganta, Escrofulismo, Linfatismo, Raquitismo, Anemia y Debilidad en general.

A continuación ofrecemos algunos de los nombres de eminentes Doctores españoles que nos han honrado con su autorizada opinión, acerca de la

EMULSION DE SCOTT

Excmo. Sr. Dr. D. José Eugenio Olavide	Madrid	Sr. Dr. D. Lucas Guerra	Valladolid	Sr. Dr. D. Dimas Corral	Coruña	Sr. Dr. D. Ezequiel Lorz	Logroño
Sr. Dr. D. E. Salcedo	"	" " Florentino Izquierdo Ordoñez	Burgos	" " Juan Acosta	Ferrol	" " Landa y Alvarez de Carvallo	Pamplona
" " José Tojar del Castillo	"	" " Hilario Antón	"	" " Manuel Folla	"	" " Juan Lizarraga y Aitran	"
" " M. Taboada	"	" " Hipólito Tobes	"	" " Benito Sueyras	"	" " Julián Usandisaga	S. Sebastián
" " José Grinpa	"	" " Leonardo Rodríguez	"	" " Santiago de la Iglesia	"	" " José Manuel Oa	"
" " Fernando Cabello y Aso	"	" " Mariano Miegúnolle	"	" " Angel M. de la Riva y Vilay	Santiago	" " Fernando Tames	"
" " Juan S. Ramos	"	" " Julio Fernández	"	" " Manuel Pinciro Herba	"	" " Manuel Sierra	Bilbao
" " José López Díez	"	" " Marcial Martínez Alemand	"	" " Narciso Acosta Codesio	"	" " A. Gil	"
" " José Casan y Alegre	"	" " Juan Quintana	"	" " Eduardo Cobian	Pontevedra	" " José A. de Camiruaga	"
" " F. Rodríguez Sedano	"	" " Ciriacó Bermejo Pérez	Palencia	" " Felipe Isla	"	" " Fernando Bolívar	San tander
" " Avelino Bonavente	"	" " Andrés Durán López	"	" " Hernández Castañaduy	"	" " Casto Selana	"
" " Adolfo Cervera Torres	"	" " Pedro Sánchez Llover	Salamanca	" " José Bautista Malvén	"	" " José López	Cádiz
" " Angel Polo	"	" " José Esteban Lorenzo	"	" " M. García Cobos	"	" " Rosendo Lambra	"
" " Antonio Morriel	"	" " Gabriel J. Balbuena	Leon	" " Luis Sobrino	Orense	" " Eduardo Rey	"
" " García Cuello	"	" " Elías Gago	"	" " Paz Novoa	"	" " Manuel Derio y Delgado	"
" " Federico Borrel	"	" " Isidoro Rico	"	" " Ramón Quesada Borrajo	"	" " E. Moresco	"
" " Ramón G. Baeza y Fran	"	" " Antonio Arco	"	" " José M. Rivera	"	" " Domig. Ferrera Domínguez	Sevilla
" " Ildefonso González Aguado	Valladolid	" " Ramón Pallares	"	" " Ildefonso Mernendano	"	" " Pedro Martínez	"
" " C. Alonso Díez	"	" " A. Suárez Infesta	Oviedo	" " Aureliano Zardoya García	Lérida	" " Juan Pederón	"
" " Daniel de Zuloaga	"	" " Arturo Builla	"	" " F. Gras Fortuny	Reus	" " Narciso Vázquez García	"
" " Luis Díez Pinto	"	" " Plácido A. Builla	"	" " Roberto Gran	Lérida	" " Manuel Oliver y Rodríguez	"
" " José Romero	"	" " J. López Doriga	"	" " Mateo Cesta	Logroño	" " Eduardo Guzmán	Jerez
" " Federico Collera	"	" " Jacobo Olaneta	Gijón	" " Joaquín Corral	"	" " Antonio Juille Oliva	"
" " Vicente Sagarra	"	" " Diego Pelayo	"	" " Félix Pereda	"	" " Manuel Román	"
" " Ruperto Díez y Díez	"	" " Francisco Bellas Uria	Vigo	" " Fermín Valverde	"	" " Manuel González	Guadalajara
		" " G. Fraga	"	" " Pelegrín del Castillo	"		

De venta en todas las Farmacias y Droguerías. SCOTT y BOWNE, Químicos. NUEVA YORK.

SOMBREROS
de paja adornados y en casco, últimos modelos. Flores, plumas, adornos; se reforman los usados. Plaza de las Cortes, 7. A. Cenedense.

DON SANTIAGO GUERRA
MÉDICO-HOMOPATA
Gratis la consulta para los pobres y para los de provincias remitiendo sello.—Cádiz, 6, Madrid.

Capitales Reunidos. Para saldos, fincas y proyectos. Todo negocio factible y verdad, se realiza. Lobo, 29.

Mad. Antoine é hijo.
Almohadillas de dentadura por 6 reses y colocan piezas americanas desde 16 reales. Infantes número 12, segundo.

VINO
TÓNICO-NUTRITIVO
DEFRESNE
Con Peptona. (Carne asimilable)
MIELO Y LACTOFOSFATO DE CAL NATURALES

El vino Defresne tiene un sabor exquisito, y es el único reconstituyente natural y completo. Es el más precioso de los tónicos; a su infuso, los accidentes febriles desaparecen, renace el apetito, los músculos se nutren, y se recobran las fuerzas. Empléase con buenos resultados en la inapetencia, los males repentinamente, las convalecencias, las enfermedades del estómago, la anemia y la consunción.

DEFRESNE, Proveedor de los Hospitales de París
Y todas las Farmacias

ENFERMEDADES DEL PECHO
JARABE de HIPOFOSFITO de CAL
de GRIMAULT y Ca, Paris.

Este Jarabe es el más conocido, el más antiguo y el que produce los resultados más rápidos y satisfactorios. Engañan al público los que no le dan un frasco oval y el Jarabe color de rosa con la firma GRIMAULT y Ca. Calma la Tos, hace desaparecer los Sudores nocturnos; cura la Bronquitis, la Consunción, la Catarras, la Tisis, y corta la Fiebre lenta, que destruye las fuerzas del enfermo.

Cada frasco lleva la marca de fábrica, la firma y el sello azul de GRIMAULT y Ca.

DEPÓSITO EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS Y DROGUERIAS.

CAFES MOLIDOS

Los de la COMPANIA COLONIAL tienen VENTICINCO AÑOS de nombradía en Madrid y Provincias.

Depósito general de Chocolates, Cafés y Tés
Mayor, 18 y 20
Sucursal, Montería, 8.

EMULSION ANGULO
Aceite puro hígado de bacalao con hipofosfitos, recetado por los mejores médicos como la más eficaz para curar la tisis escrofulosa, raquitismo, calvarios crónicos y todos los estados de debilidad o embrocamiento orgánico. Preferida a todas las existentes por su aspecto grato al paladar y precio; no causa diarrea, es tolerada por los estómagos más delicados y tomada con avidez por los niños, siendo en estos esencialísima en la época presente, así como en la de grandes calores, porque debilitándose en extremo produce en ellos resultados fatales a la salida de la dentadura. Un buen número de certificaciones médicas atestiguan las virtudes de este excelente medicamento, y un título de farmacéutico español garantiza este preparado, relevando al público de ser tributario al charlatanismo extranjero. Diez reales frasco en todas las provincias de Madrid, provincias y Ultramar. Depósito central, en la del autor, Vitoria. Desconfiar de las imitaciones.

Los de mesa, 34 rs. 2.
Silva, 27, Bodega Riciana

PELO O VELLO DESAPARECE en pocos minutos y sin ningún perjuicio, usando el **Depilatorio inglés** de Se gala. Botica Corona, Gignas, 5, Barcelona. En Madrid don Melchor García.

A LOS NIÑOS RAQUITICOS Y PERSONAS QUE PADECEN ESCROFULAS tumores, herpes, tubérculos, reuma, etc., se le recomienda siempre, mejor que el aceite de bacalao, el **Jarabe de rábano lodado de Sane chez Ocaña**, que sobre ser más activo y agradable, fortifica y reanima al enfermo, le escita el apetito y le purifica la sangre viciada. Frascos de 6, 10 y 14 reales.—Farmacia, Atocha 35, frente a la de Relatores.

LA CASA TRISTE

POR
CARLOS DICKENS

para que esta aventura, a la cual presta gran interés, quede tan en secreto como sea posible. Jo repite a M. Jarndyce todo lo que ha dicho al doctor, sin variar una letra. Unicamente la carreta que ya encontraba tan pesada por la mañana sobre su pecho, es más pesada aún, y hace un ruido más cavernoso.

—Dejadme permanecer aquí; no me arrojéis balbucea el pobre Jo;—quien tendría la bondad, de pasar por el sitio en que yo solía barrar, decir a M. Snagsby, que Jo, a quien conoció en otro tiempo, circula, como le han mandado; y que le está muy reconocido, y quisiera estarlo aún más, si esto fuera posible a un miserable como él.

Jo habla tan á menudo del papelerero, que después de haber consultado a M. Jarndyce, el doctor se decide a ir en busca de M. Snagsby. En el momento en que llega a la tienda del papelerero, éste se halla detrás del mostrador, con su levita gris y sus mangas de lustrina, coleccionando varios contratos sobre pergamino que cabalmente acaba de traerle su dependiente. Deja la pluma y saluda al desconocido con la tos preparatoria que hace preceder generalmente en sus transacciones comerciales.

—No me reconozco, señor Snagsby,—le pregunta M. Woodcourt.—El corazón del papelerero late con violencia, porque continúa siendo presa de las mismas aprensiones y apenas tiene alientos para responder.

—No puedo decir que... y hablando sin rodeos no me acuerdo de haberos visto nunca.

—Dos veces, caballero; la primera en el lecho de muerte de un desgraciado, y la segunda...

—¡Ah! perdonad, caballero, me acuerdo perfectamente; y el pobre hombre conserva aun bastante presencia de ánimo para conducir al doctor a la trastienda, cuya puerta cierra.

—Sois casado, caballero?—le dice.

—Todavía no.

—Aunque célebre, ¡seriais tan bondadoso,—continúa el papelerero c.n. expresion melancólica que os dignarais hablar en voz baja! porque apostaría quinientas libras a que mi mujercita ncs está escuchando; no he tenido jamás secretos para ella, caballero, y no me remuerde la conciencia de haber ocultado, hasta ahora, nada a mi mujercita; hablando francamente, no me hubiera atrevido a hacerlo; y a pesar de esto, me encuentro mezclado en tantos misterios, que la vida ha venido a ser para mí una carga pesada.

Mr. Woodcourt expresa todo el pesar que la posición del papelerero le inspira, y le pregunta si se acuerda de un barrendero llamado Jo.

—Después de mí, señor,—responde con abatimiento, es la persona contra la cual mi mujer está más enojada.

—¿Porque así?

—Per qué exclama asíéndome el mechin de pelo que tiene detrás de su cabeza calva; ¡lo sé yo acaso! Pero vos sois céliba, caballero, a no ser así no hariais una pregunta semejante a un hombre casado.

M. Snagsby, después de haber tosido tristemente, se resigna por fin a escuchar al doctor.

—¿Todavía dice palideciendo ¡Dios mío! qué va a ser de mí?

Hay una persona que me recomienda con instancia que no hablo de Jo a alma viviente ni aun a mi mujercita; y he aquí, señor, que venis a hablarme de ese mismo Jo, recomendándome

igualmente el silencio más absoluto, sobre todo respecto de la persona en cuestión, y ¡in que yo sepa por qué; pero esto es para volverse loco, caballero?

Sin embargo, como las cosas toman un giro mejor de lo que se esperaba, y después de todo tiene buen corazón, se compadeció de la posición del pobre Jo; y promete, si su mujer no pone algún obstáculo, pasar a casa de M. George aquella misma noche, tan pronto como pueda escaparse.

Yo siento una profunda alegría al volver a ver a un antiguo amigo; apenas les han dejado solos, cuando el pobre muchacho intenta decir al papelerero cuan bueno se parece por haber venido tan lejos por un desgraciado como él.

Y el buen hombre, enterado por el espectáculo que se ofrece ante su vista, coloca sobre la mesa su pequeño escudo, panacea infalible, que, en su opinión, debe curar todos los males.

—¿Cómo os encontráis, mi pobre Jo?—le pregunta el papelerero tosiendo con compasión.

—Estoy muy bien, Sr. Snagsby; tengo todo lo que me hace falta; si supierais qué bien estoy. ¡Ah! señor Snagsby qué pesar tengo por lo que he hecho; más yo no tengo la culpa de nada.

El papelerero coloca sobre la mesa otro pequeño escudo, y le pregunta qué es lo que ha hecho para tener tanto pesar.

—Señor Snagsby, estuve como digo en casa de una lady, que era no la otra que sabeis, sino una lady enteramente igual, y la comuniqué mi enfermedad, no solamente no me dijeron nada, a causa de que son muy buenos y yo tan desgraciado, sino que han venido a verme ayer, y ella ha dicho así: ¡Mi pobre Jo! ya te creíamos perdido. Y se ha sentado cerca de mi cama sonriéndome; y ni una palabra, ni una mirada para reprecharme por lo que había hecho; y entonces yo, me he vuelto contra la pared, señor Snagsby; y M. Jarndyce se volvió también como yo, y además M. Woodcourt ha venido para

darme alguna cosa que me alivie, como lo hace noche y día; y cuando se inclinó hablándome para hacerse el valiente, he visto bien sus lágrimas que caían sobre mi cama, señor Snagsby.

El papelerero deposita un tercer escudo al lado de los otros dos, con la esperanza de que la repetición de este remedio infalible aliviará su propio corazón.

—Entonces, he pensado como digo, señor Snagsby,—continúa Jo,—que seriais quizá escribir a letras grandes.

—Sin duda, mi pobre amigo.

—Pero así, en letras grandes, muy grandes, —repite el pobre muchacho con entusiasmo.

—De las más grandes que se conocen, muchacho.

Jo se echó a reír.

—Tan grandes como vos queráis, Sr. Snagsby; hé aquí lo que quiero pedir: cuando haya acabado de circular, y esté donde no pueda ir más lejos, tendreis la bondad, entendéis, de escribir en letras grandes, tan grandes, que todo el mundo pueda verlas, cuánto pesar he tenido por lo que he hecho, y que no había ido a su casa con la intención de causarle mal; y que yo no lo sabía; y añadiréis que he visto llorar a M. Woodcourt; y que espero que se dignará perdonarme; y si el escrito en que direis todo esto está en letras grandes, y que todo el mundo pueda verlas, estoy seguro de que me perdonará.

Lo haré, Jo; y estad tranquilo, escribiré en letra la más grande posible.

—Gracias, Sr. Snagsby; es una gran bondad por vuestra parte; y me parece que ahora estoy mejor y más tranquilo.

M. Snagsby, cuya tos se detiene en la garganta, desliza un cuarto escudo sobre la mesa y dice a Jo que volverá; pero Jo y él no se verán más sobre la tierra, porque el pobre vagabundo se acerca al término de su viaje. Fil, que traba-